

Apéndice 1

Nuevos datos sobre el Paleolítico en España (2001-2003)

Pilar Utrilla*

RESUMEN

Este trabajo es una actualización de la revisión de los estudios acerca del Paleolítico en la Península Ibérica desde 2001 hasta 2003. Se añaden además algunos datos de interés correspondientes al año 2004.

SUMMARY

This essay is an updating of the Palaeolithic studies in the Iberian Peninsula from 2001 to 2003. Some relevant information for the year 2004 is added.

INTRODUCCIÓN

Los organizadores del XXVIII Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Huesca en el año 2003, me han solicitado una revisión de los últimos datos acerca del Paleolítico. Debo reseñar, por tanto, las novedades que poseemos entre 2001 y 2003, actualizando la puesta al día, muy completa, que debía haberse publicado en las actas del congreso anterior, celebrado en Zaragoza dos años antes. En la citada ponencia recurrí a informantes «autónomos», que me ayudaron a conocer en qué situación se encontraba la más antigua Prehistoria en cada comunidad, firmando cada uno de ellos apartados independientes. De cualquier modo, esta puesta al día no pretende ser exhaustiva, como lo era la anterior, sino que se reseñan solo algunos artículos o libros que, en mi opinión, resultan atractivos. Se añaden además algu-

nas publicaciones y congresos con fecha de 2004 que pueden resultar de interés.

EL PALEOLÍTICO INFERIOR

Desde el punto de vista mediático la novedad en estos dos años ha sido la presentación de *Excalibur* por el equipo de Atapuerca. Se trata de un bifaz en cuarcita rojiza hallado el 9 de julio 1998 pero mantenido inédito hasta cinco años después. Las noticias de prensa (*El País*, 8 de enero de 2003) reseñan la emoción de los arqueólogos ante el hallazgo. La interpretación allí propuesta suponía que se había dejado una piedra singular como homenaje, que se trataba del primer objeto simbólico, que el bifaz estaba fabricado en una piedra de color muy especial, que quizá fuera hecha para la ocasión...

Sabemos que Atapuerca es una acumulación intencional de cuerpos allí depositados, quizá el primer rito de preservación de cadáveres, que no responde a una catástrofe natural y son restos de, al menos, 30 individuos de hace 400 000 años. Es muy importante como yacimiento antropológico.

Pero nada tiene de extraño que aparezca un bifaz entre los restos humanos: tanto podía llevarlo uno de los muertos en el bolsillo como habersele caído a alguno de los que arrojaron los cadáveres a la sima. Es, además, un nivel de acumulación, revuelto con restos de osos. Lo extraño hubiera sido que no apareciera ninguno.

En Asturias, el libro *Gijón antes de Gijón* (RODRÍGUEZ ASENSIO, 2001)¹ realiza una síntesis de las

* Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Universidad de Zaragoza. C/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza.

¹ Todas las referencias remiten a la bibliografía general (apéndice 3, pp. 75-97).

más antiguas industrias de la zona, con la posición estratigráfica en Cabo Busto de las *paleoindustrias* (nivel V) por debajo del nivel achelense (el II). Su comparación con otras series estratigráficas del Pleistoceno medio de la zona (Bañugues, Gijón, Paredes...) muestra, a juicio de los autores, los mismos procesos sedimentológicos en el último interglaciar.

En la serie «Zona arqueológica», que publica el Museo Regional de Alcalá de Henares y que dirige E. Baquedano, ha aparecido el libro de revisión bibliográfica *Bifaces y elefantes. La investigación del Paleolítico inferior en Madrid* (2002), entre cuyos artículos destacamos el de Santonja y Vega Toscano sobre la investigación en el Manzanares; el de Javier Baena sobre el Paleolítico en Madrid de 1916 a 1936; el de Rubio *et alii* sobre «Revisión crítica y síntesis del Paleolítico de los valles del Manzanares y Jarama», y el de Javier Baena *et alii* con el «Repertorio de yacimientos paleolíticos en el Manzanares y Jarama».

En la misma colección y dos años después (2004) han aparecido cuatro volúmenes de artículos en una *Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre*, de los cuales los contenidos en el tomo IV se refieren a temas arqueológicos relacionados muchos de ellos con el Paleolítico inferior. Resultan atractivos, entre los que tratan de esta época, el de Fernández Peris sobre «La incidencia de los carnívoros en la cueva de Bolomor»; el de Estévez sobre «La extinción de los grandes carnívoros: sugerencias sobre el destino del *Homo neanderthalensis*», donde se postula que las causas ambientales, supuestamente relacionadas con la extinción de unos y otros, no están suficientemente sustentadas; el de Márquez Mora sobre los análisis traceológicos como forma de reconstruir la actividad de la caza, y el de Carbonell y Rosell sobre «Las ocupaciones de homínidos en el Pleistoceno de la sierra de Atapuerca», que clasifica los yacimientos en cueva por su supuesta funcionalidad con una nueva nomenclatura para actividades ya conocidas. Se habla así de *centros de intervención referenciales* (CIR), para los lugares de hábitat permanente y diversificado; *complementarios* (CIC), para una actividad especializada como la talla o la caza; *especializados singulares* (CIES), que aportan datos sobre el comportamiento simbólico y la estructuración social de los homínidos (es decir, los clásicos lugares de agregación o los santuarios de arte rupestre o las tumbas colectivas...), y *oportunistas o marginales* (CIOM), para aquellos yacimientos de hábitat de muy corta duración. Por último, el artículo de Utrilla, Blasco, Peña y Tilo sobre el «cazadero» de caballos y bóvidos de Monteagudo del Castillo, es decir, un CIC, según la nomenclatura anterior.

Fuera de esta etapa son interesantes algunos artículos relacionados con el arte rupestre, como el de los «aerógrafos» de Altamira (MONTES *et alii*, 2004), cuatro huesos de ave recortados que conservan restos de ocre rojo en su interior y que pudieron servir para pulverizar pintura, o el de Rosario Lucas sobre el Archivo de Arte Rupestre del Museo Nacional de Ciencias Naturales, donde de nuevo se incide con documentación inédita sobre las desavenencias entre Breuil y Juan Cabré. Muy significativa es la frase del abate en una carta a Bonsor: «Supongo que no se ha enterado de la conducta que tuvo para conmigo el año pasado el señor Cabré, que hasta entonces *me había servido fielmente...*». Está claro lo que suponía Cabré para el abate Breuil.

También existe una buena síntesis de yacimientos del Paleolítico inferior en el número monográfico de la revista *SPAL* (9) que la Universidad de Sevilla dedica a Enrique Vallespí, publicado en 2001 aunque con fecha de 2000. A reseñar las síntesis de Carbonell y Rodríguez sobre el Pleistoceno inferior de la Península Ibérica; de Saenz de Buruaga sobre el Paleolítico inferior y medio en el País Vasco; de Vázquez Varela sobre el Paleolítico en el noroeste de la Península Ibérica; de Utrilla sobre el Paleolítico en el valle del Ebro; de Rodríguez Asensio en Asturias; de Benito en el valle del Duero; de Conde, Baena y Carrión en Madrid; de Ciudad en Ciudad Real; de Caro y Fernández Caro sobre distintos yacimientos de las terrazas del Guadalquivir y de Beguiristáin en Navarra. Carácter monográfico tiene el artículo de Toro, Turq, Agustí, Martínez y Oms sobre las industrias líticas de los yacimientos de Orce (Barranco León y Fuente Nueva), que pone de nuevo sobre la mesa la cuestión del acceso a Europa por Gibraltar.

En la misma línea hay que tener presente el descubrimiento del abrigo de Benzú, en Ceuta, con una asignación cronológica por OSL a la estratigrafía de 254 ± 17 ka para los estratos 2 y 3 (estadio isotópico 7) y un 168 ± 11 ka para los estratos 5 y 6 (estadio isotópico 5). Un estudio de las materias primas documentadas en el yacimiento quizá podría aportar datos de interés sobre el tema tradicional del paso del estrecho de Gibraltar (RAMOS, BERNAL y CASTAÑEDA, 2003).

En el capítulo de congresos revistió gran interés la IV Reunión de Geoarqueología celebrada en Almazán (Soria) en septiembre de 2002. De nuevo se valoraron los más antiguos restos humanos de la Península Ibérica (Bienvenido Martínez) con las dataciones de 1,2 ma de Fuente Nueva y Barranco León de Orce o el 0,8 ma de la Gran Dolina y 1 ma de la sima del Elefante en Atapuerca. Se documentó la existencia de

un supercarroñero (*Pachycrocuta brevirostris*) y se plantea que el *hombre de Orce* no era un équido sino un bóvido, algo que ya había defendido B. Martínez Navarro en otras publicaciones. Arrizabalaga y su equipo presentaron de nuevo los yacimientos de Irrikaitz en Cestona y Lezetxiki en Mondragón, con existencia de un posible Achelense en este último. Caro recordó sus estudios en las terrazas del Guadalquivir, y Giles en las del Guadalete, así como Rodríguez Tembleque presentó un yacimiento achelense en Alcolea del Tajo (Toledo).

EL PALEOLÍTICO MEDIO Y LA TRANSICIÓN AL SUPERIOR

Es un tema estrella que ha sido objeto de reiterativos congresos y reuniones científicas en estos cuatro últimos años (Gibraltar, Foz Côa, Lieja, Almazán, Santoña, Santillana...) sin que ninguno de los participantes se haya desviado un ápice de sus propuestas iniciales.

En el citado Coloquio de Almazán la discusión más fuerte (que acaparó la totalidad del tiempo dedicado al debate sin que el moderador pudiera evitarlo) se planteó en torno al niño de Lapedo: Arsuaga negó su carácter de sucesor de un mestizaje entre neanderthales y hombres modernos, frente a Zilhão, que defendió esta postura. Según el primero, caballos y cebras o tigres y leones están genéticamente más próximos entre sí que neanderthales y hombres modernos. Zilhão argumentaba que el ADN semejante solía descartarse por sospecha de contaminación reciente, aceptando solo el ADN dispar.

En la misma reunión revistió gran interés el artículo de D'Errico y Sánchez Goñi sobre la valoración del factor climático sobre la extinción de los neanderthales durante el Heinrich 4 (36 ka). Plantean que solo el norte de la Península posee una presencia de gramíneas (*Poaceae*) que permite mantener una biomasa apta para mamíferos fríos y atractiva para el hombre moderno. En el centro y sur de la Península el paisaje estepario que forman *Artemisia*, *Chenopodiaceae* y *Ephedra* mantiene una baja biomasa que no resulta favorable para el hombre moderno, el cual detendría su avance. El artículo, publicado en inglés en *Quaternary Science Reviews* (D'ERRICO y SÁNCHEZ GOÑI, 2003), levantó una fuerte polémica entre los palinólogos (CARRIÓN, 2004; FINLAYSON *et alii*, 2004), con respuesta de los autores en la misma revista (SÁNCHEZ GOÑI y D'ERRICO, 2004). El hombre moderno no superaría por tanto la costa cantábrica,

pero tampoco sería factible para la supervivencia de los neanderthales, a los que vemos subsistir en yacimientos como cueva Millán o La Ermita, en la provincia de Burgos.

En el capítulo de los temas monográficos sobre yacimientos destaca la síntesis de Baena y Carrión sobre las ocupaciones musterienses en Liébana, fundamentalmente en la cueva del Esquilleu y el Habario. El primer yacimiento será objeto de un estudio modélico, que se ha completado en varias publicaciones posteriores (congresos de Gibraltar, Santoña y Santillana) con una muy buena caracterización tecnológica de sus niveles (talla quina en la base, levallouis en la mitad de la secuencia, discoide en los niveles superiores), un adecuado estudio del aprovisionamiento de la materia prima (que contempla por ejemplo diversas rutas de abastecimiento hacia la costa o hacia el interior a lo largo de la secuencia, con un atrincheramiento en un corto radio de acción en torno a la cueva en los momentos finales, que resulta muy sugestivo), con una coincidencia climática de los datos aportados por el polen, la arqueofauna y la sedimentología (algo poco habitual en las monografías arqueológicas) y con una serie de dataciones absolutas que permiten enmarcar en el tiempo los niveles y plantear la perduración de estos «musterienses recalcitrantes» hasta épocas recientes del 34 000 BP.

La situación al norte del Ebro de este yacimiento vendría a confirmar una vez más que los musterienses sobreviven donde pueden, independientemente de la llamada *frontera del Ebro*. Esta hipótesis fue planteada por Zilhão en 1993, modificada en 1997 hasta el Prepirineo y refrendada en 2000, pero nunca se concibió como una frontera física basada en el mismo río sino como una frontera ecológica de un territorio que resultaba poco atractivo, en la línea que D'Errico y Sánchez Goñi proponen para la Meseta. Una revisión del tema desde el punto de vista climático se planteó en el Coloquio de Lieja de 2001, aunque aparecerá publicada en el Coloquio de Santoña (UTRILLA, MONTES y GONZÁLEZ, e. p.).

En la misma línea hay que situar el artículo presentado en la Reunión de Almazán sobre el análisis del polen contenido en los coprolitos de hiena de la cueva de los Moros de Gabasa, lo que permite soslayar el problema de la percolación existente en el yacimiento. Las hienas incorporan el polen medioambiental al beber agua, por lo que el análisis de sus restos fecales resulta muy válido para conocer la vegetación del entorno (GONZÁLEZ, MONTES y UTRILLA, e. p.).

Otros datos de interés expuestos en Almazán serán los relativos a los niveles del Musteriense final de la cueva de Carigüela, que proceden del desmantelamiento de niveles musterienses anteriores, en opinión de Gerardo Vega. El dato es importante, ya que en ellos aparecen restos de «hombre moderno» que, por otra parte, presentan una especie de diastema retromolar, al estilo de los neanderthales clásicos. Los resultados de Almazán se completan con la teoría expuesta por Bernaldo de Quirós de que el nivel 18c de Castillo, «auriñaciense», es obra de neanderthales que no solo perdurarían en el sur de la Península sino que serían los autores de todos los restos del Auriñaciense arcaico.

Una magnífica exposición, *De neanderthales a cromañones*, muy didáctica, tuvo lugar en Valencia entre el 1 de noviembre de 2001 y el 30 de enero de 2002. El catálogo que sobre la misma dirigió Valentín Villaverde (2001) es realmente ejemplar. La novedad quizá sean los restos de la cueva Foradada en Denia, atribuidos al hombre moderno, los que revisten mayor interés, estando datados entre el 26 000 y el 28 000 a. C. La excesiva fragmentación de los mismos lleva a pensar en explicaciones basadas, bien en procesos naturales, bien en actividad de carroñeros e incluso de humanos, algo que está por determinar.

El citado Coloquio de Santoña sobre *El ocaso de los neanderthales*, celebrado en septiembre de 2003 en conmemoración del centenario de la cueva del Castillo, se centró en el problema de la transición en este yacimiento estrella, con artículos monográficos sobre los restos humanos (Garralda), la tecnología lítica (Mañillo, Mingo), la antracología (Uzquiano), la traceología (Gutiérrez), la industria ósea y el arte (Cabrera y Bernaldo de Quirós)... Otros yacimientos analizados fueron los ya citados del Esquilleu (Baena, Carrión y Velázquez), Covalejos (Marín, Montes y Sanguino), La Güelga (Menéndez, Quesada y García), Lezetxiki (Arrizabalaga) o Axlor (González, Ibáñez y Ríos)... Síntesis generales las hubo sobre el valle del Ebro (Utrilla), Andalucía (Cortés), País Vasco (Saenz de Buruaga) o Cataluña (Maroto, Ortega, Sacchi y Soler), referida en este caso a las puntas de Chatelperron.

Los mismos autores plantearán el tema del Musteriense tardío en los Pirineos Orientales (basado en la estratigrafía y las dataciones de la cueva de Ermitons y la Caune de Belvis) en un artículo publicado en la revista *Préhistoire et Anthropologie Méditerranéennes*. También en Cataluña (aunque en el límite con la provincia de Huesca) se encuentra la cueva del Estret de Tragó, actualmente bajo las aguas del em-

balse de Santa Ana, en el Noguera Ribagorzana, yacimiento muy interesante por su equidistancia a las cuevas de Gabasa o Roca dels Bous y que entrega dataciones para la unidad superior entre $43 \pm 4,6$ y $52,1 \pm 6,7$ (OIS 3) entre 110 ± 12 ka en la base y $75,3 \pm 7,8$ en la cima (OIS 4 y 5) para su unidad 2, y de 126 ± 15 para su unidad 3 (OIS 5) (MARTÍNEZ, MORA y CASANOVA, 2004).

La cuestión cronológica del problema de la transición fue objeto de un muy interesante artículo de Jöris, Álvarez y Weniger, que aparecería también publicado en la revista *Trabajos de Prehistoria* 60 (2003).

En el capítulo de la antropología física hay que destacar por su autoridad en este campo el artículo de Garralda y Vandermeersch sobre «El origen del hombre moderno en Europa. Más preguntas que respuestas», publicado en la *Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre* (2004). La novedad más interesante radica en que, tras examinar los escasos restos humanos del famoso nivel 18b, auriñaciense arcaico, de la cueva del Castillo, estos se acercan más a la robusta morfología del hombre de Neanderthal que a la del hombre moderno. Este tema se desarrollará con mayor amplitud en el Coloquio de Santoña celebrado en septiembre de 2003. En el mismo lugar podrá verse el artículo de María Haber «Neanderthales, ¿cambio o continuidad?», donde se repasan los restos neanderthales de la Península. También ha aparecido en 2003 la compleja y prolija monografía de Cecilio Barroso titulada *El Pleistoceno superior del Boquete de Zafarraya*, con los restos neanderthales hallados en la sima.

Sin embargo, el descubrimiento más espectacular referido a esta época se refiere a los hallazgos de la cueva de Sidrón, presentados oficialmente en el Coloquio de Santillana del Mar por el equipo que dirige Javier Fortea, con estudio antropológico de Antonio Rosas. Los resultados confirman que se trata realmente de neanderthales, que están asociados a industria musteriense (aunque los restos se hallan en posición secundaria dentro de la cueva), que existen huellas de descarnamiento en el esqueleto apendicular y en el cráneo de los humanos, y que los sistemas de datación empleados confirman una edad entre 34 000 y 40 000 años. Una síntesis de los primeros resultados apareció en el volumen 59 la revista *Estudios Geológicos*, en el número dedicado a Manuel Hoyos (FORTEA *et alii*, 2003).

En el apartado de la arqueofauna reviste gran interés el artículo presentado por Castaños en el Coloquio de Santillana acerca de la fauna de yaci-

mientos del Musteriense cantábrico, que en absoluto son reflejo de una caza oportunista, tal como se ha comentado en la bibliografía clásica por parte de autores como Straus o Clark. Se trataría en cambio de una caza en cierto modo especializada, ya sea de ciervo, como Covalejos (80,4% y 77,8%, en sus dos niveles musterienses) y Arrillor, o de cabra, como Venta de la Perra (73,9%), gran bóvido en Lezetxiqui o sarrío en Amalda.

EL PALEOLÍTICO SUPERIOR CANTÁBRICO

Son muchas las novedades que ofrece esta etapa, pero nos limitaremos a los hitos que consideramos más significativos. Así, para la costa cantábrica las novedades del Paleolítico superior inicial se reseñan en los coloquios de Santoña (2003) y de Santillana del Mar de octubre de 2004, donde se presentaron yacimientos como la cueva de Cobalejos (Piélagos, Cantabria), con hallazgo de una azagaya de base hendida, conchas con restos de ocre rojo, plaquetas que presentan posibles signos vulvares grabados y dataciones entre 30 000 y 32 000 años para los niveles aurifiacienses (Sanguino y Montes); la cueva del Conde o del Forno, con una incierta estratigrafía y un Aurifiaciense antiguo datado entre 31 000 y 29 000 (Adán y Arsuaga); La Güelga, con seis fechas entre el 33 000 y el 29 000, que hacen dudar entre un Musteriense tardío o un Paleolítico superior inicial para el nivel más antiguo (Menéndez, García y Quesada).

Para el Magdaleniense, las novedades aparecen resumidas en el Coloquio de Faro celebrado en el marco del IV Congreso de Arqueología Peninsular en septiembre de 2004. A destacar la potencia del nivel Magdaleniense inferior de la cueva del Mirón, con un omoplato grabado con cierva de trazo estriado (González Morales y Straus); el comienzo de la excavación de la cercana cueva del Horno (Fano), en el mismo complejo de Covalanas, con dos niveles del Magdaleniense superior-final; el hallazgo de 9 colgantes de piedra decorados en la cueva de Praile Aitz, próxima a Ermitia, cueva esta de la que se han obtenido además nuevas dataciones, algunas de las cuales no concuerdan con el tipo de materiales por demasiado antiguas (Peñalver y Mújika); la monografía ya terminada, y muy completa, de los niveles magdalenienses de la cueva de las Caldas (Corchón y su equipo); la problemática de la cronología de la cueva de La Güelga, que presenta una datación magdaleniense inferior para una pieza de arte mueble que combina el

estilo de trazo estriado con el de trazo corto marcando pelaje para tres cabezas de cierva representadas sobre el mismo soporte (Menéndez, Quesada y García), tema que se reiterará en el Symposium de Ribadesella.

Desde el punto de vista de la organización espacial es interesante el hallazgo de un depósito de 4 contornos recortados agrupados sobre una repisa de la galería larga de Tito Bustillo, cubiertos por una capa de colorante y bajo una mano negativa (BALBÍN, ALCOLEA y GONZÁLEZ, 2003); los primeros ensayos de análisis de estructuras realizados en el sorprendente yacimiento de La Garma (ARIAS *et alii*, e. p.), en la misma línea que el artículo sobre «El contexto del arte mobiliario paleolítico en la región cantábrica (ARIAS y ONTAÑÓN, 2004) o la reconstrucción completa del asentamiento magdaleniense medio (13.500 BP) de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra).

En este yacimiento, excavado en la totalidad de la ocupación magdaleniense, se intentan reconstruir las áreas de actividad que se realizarían en las dos salas habitadas de la cueva. La existencia de estructuras muy visibles (3 hogares y 8 agujeros de postes alineados en la segunda sala) llevan a especular sobre la función que se realizaría en esta última; se plantean tres posibilidades: 1) que se tratara de un área «masculina», dada la concentración de útiles de caza en hueso y la escasez de industria lítica (se opondría a un área doméstica en la primera sala, en la que se ejecutaría el raspado y perforado de pieles, ¿actividad femenina?, y la talla del sílex); 2) que se tratara de un «área de descanso», separada por una cortina sujeta por dos gruesos postes adosados a la pared (en ese caso las azagayas simplemente estarían apoyadas en la pared), y 3) que toda la cueva se dedicara al tratamiento de pieles, ejecutándose el raspado y cosido en la primera sala (raspadores, buriles, espátulas de hueso) y el ahumado y curtido en la segunda (y ello explicaría la existencia de la cortina de separación y los postes alineados a 1 m para mantener tensas, horizontales, las pieles). El artículo se presentó en el coloquio sobre organización del espacio que tuvo lugar en el marco del Congreso de la UISPP, celebrado en Lieja en 2001, fue publicado posteriormente en los BAR (UTRILLA, MAZO y DOMINGO, 2003).

En el apartado cronológico hay que reseñar la publicación en 2003, al fin, del Coloquio de Ravello sobre *Chronologies géophysiques et archéologiques du Paléolithique supérieur*, coloquio celebrado en 1994 y publicado con nueve años de retraso. El artículo referido al Magdaleniense cantábrico (UTRILLA y GONZÁLEZ, 2003), basado entonces en la secuencia

sedimentológica establecida por Hoyos, debe ser completado por las recientes secuencias climáticas establecidas en el Atlántico.

En la misma línea es muy útil la recopilación de fechas radiométricas realizada por M.^a José Soto en el número 19 de las Monografías de Altamira (SOTO-BARREIRO, 2003), aunque algunas de ellas necesitarían una mayor crítica estratigráfica, muy difícil de abarcar en una publicación de conjunto tan extensa. Sea bienvenida.

En lo que respecta al arte mobiliario magdalenien- se merece destacarse la publicación en 2003 del libro de I. Barandiarán *Grupos homoespecíficos en el imaginario mobiliario magdaleniense*, con especial atención a la organización de los conjuntos y la estructuración de los temas. El autor, con un acusado sentido crítico, hace un exhaustivo recorrido por las distintas teorías interpretativas de la composición escénica, contraponiendo lo que él llama *escuela minimalista*, formada por prehistoriadores que, desconfiados (desconcertados o agotados) ante el lirismo de tantas reconstrucciones del grafismo paleolítico, se desentenden de la interpretación, preocupándose únicamente de una correcta descripción. Se trata una vez más de la contraposición de la escuela *tipologicista* (que se documentó *ad nauseam* en las industrias líticas) a la sociológica o funcionalista, que pretende ir más allá de una correcta descripción de las figuras del arte mueble.

En mi opinión merece la pena correr el riesgo de equivocarse. Por ello no hemos dudado en intentar interpretar la escena del bloque I de la cueva de Abauntz como un relato de caza en el que se reproduce fielmente el paisaje circundante que se observa desde la cueva: la montaña de San Gregorio, el río y su afluente, la llanura encharcada..., con los respectivos animales en su biotopo: las cabras en la zona escarpada del estrecho, los ciervos en el bosque o los bóvidos en las llanuras situadas frente a la boca de la cueva (UTRILLA *et alii*, 2004).

Excepcional interés tiene el catálogo de la exposición dirigida por P. Arias y R. Ontañón *La materia del lenguaje prehistórico. El arte mueble paleolítico de Cantabria en su contexto*, que tuvo lugar en 2004 en Torrelavega y que se reproducirá a partir de abril de 2005 en el MAN de Madrid. Los artículos de fondo presentan datos tan útiles como el repertorio del contexto arqueológico del arte mueble italiano que realiza Villaverde o las estructuras que acompañan a diversos objetos mobiliarios del área cantábrica (Arias y Ontañón) o la relación de «escondites» con arte mueble en el interior de las cuevas que recoge Giles Tosello.

Sin embargo, en lo que respecta a la documentación gráfica, la contribución más importante de estos años viene de la mano de González Sainz, Cacho y Fukazawa, con su libro *Arte paleolítico de la región cantábrica*, que contiene una base de datos multimedia Photo VR y DVD-ROM versión Windows, aunque es posible conseguirlo también para Macintosh. En este libro y DVD se contienen los mejores ejemplos de arte parietal y mueble de las cuevas cantábricas, pudiendo en muchos casos realizar recorridos virtuales por los paneles gracias a las imágenes IPIX. El texto de las ilustraciones, obra de González Sainz, es una magnífica puesta al día de las actuaciones realizadas hasta el momento en cada yacimiento.

EL PALEOLÍTICO SUPERIOR MEDITERRÁNEO

Para la vertiente mediterránea es fundamental la síntesis que sobre los yacimientos del País Valenciano se realizó en el catálogo de la exposición *De neanderthales a cromañones*, dirigida por Villaverde (2001). Remitimos a la bibliografía allí contenida para cada uno de los yacimientos que reseñamos a continuación.

El Paleolítico superior inicial registra hallazgos muy importantes en la cueva de Cendres (Moraira, Alicante), donde Villaverde ha documentado un nivel gravetiense (el XVI) datado en $24\ 240 \pm 220$ y $24\ 080 \pm 150$. El nivel XIII del mismo yacimiento, datado en $18\ 920$ y $18\ 750$, pertenecería a un Solutrense evolucionado, mientras que los niveles X y XI, con fechas en torno al $13\ 000$ BP, se enmarcarían en un Magdaleniense superior, nivel que ha entregado varios arpones de una hilera de dientes y grandes azagayas decoradas que se exponen en el espectacular Museo de Alicante.

Otra cueva alicantina de interés es la cueva Foradada en Jávea, Alicante, donde se documentan niveles pertenecientes al Auriñaciense (UE- III) datados en $29\ 940$ en el nivel VI y en $27\ 170$ en el nivel V. Mayor problema reviste la entidad del nivel VII, datado en $33\ 900$, que posee fauna fracturada pero escasas evidencias de la actividad humana. J. Casabó, el autor de la excavación, cree que «posiblemente se trate de la primera ocupación auriñaciense». En el sector II aparecen nuevas evidencias de una industria auriñaciense datada entre el $26\ 610$ y el $28\ 310$). A reseñar la importancia de los colgantes perforados (caninos de lince y conchas) en los niveles auriñacienses. La existencia de restos humanos muy frag-

mentados se atribuye a la ocupación auriñaciense sin determinación de nivel concreto. Según Casabó existen niveles con restos de ocupación humana por debajo del datado en 34 000 BP, por lo que, si se confirma en nuevas excavaciones que estos pertenecieron a musterienses tardíos, tendríamos un nuevo yacimiento que se sumaría a la problemática de la transición al hombre moderno.

Es sin embargo el yacimiento de cueva Beneito (Muro, Alicante) el que más páginas de texto y discusión ha aportado al tema de la transición. Las primeras excavaciones de Iturbe y Cortell entregaron niveles musterienses de tipo charentiense datados entre el 38 800 y el 30 160 (D3-D4), y niveles auriñacienses indeterminados, estando el inferior (nivel C4) datado en $33\,900 \pm 1900$ y $30\,160 \pm 890$. La secuencia continuaría por un Auriñaciense evolucionado (B9-B8), un Gravetiense y dos niveles solutrenses que culminarían en un solutrogravetiense datado en $16\,560 \pm 480$ BP, del que se poseen fragmentos craneales de mujer y de niño. Esta estratigrafía, una de las más completas del Paleolítico mediterráneo, tuvo puntos discutibles en los materiales del Musteriense terminal (con unos magníficos dorsos a partir de las lascas desbordantes de Boeda), ya que la laminariedad de algunas piezas y, sobre todo, la presencia de un colmillo perforado llevaron a poner en duda que tal pieza de adorno personal pudiera haber sido realizado por gentes musterienses; algunos autores, como E. Domènech, propusieron una posible percolación desde niveles superiores, ya que era descartable una contaminación directa por hallarse un potente nivel estéril en el intermedio. La misma autora atribuye al nivel VIII un nivel de incendio sin ocupación, siendo este el denominado C4, el primer Auriñaciense inicial, con dos dataciones muy dispares, de 33 900 y 26 040 BP. Se impone una nueva datación por AMS de estos niveles, con la participación de los primeros excavadores, ya que las nuevas actuaciones no parecen resolver por el momento el problema. Guillermo Iturbe, que realizó su tesis doctoral sobre el yacimiento, tenía una amplia experiencia arqueológica cuando excavó la cueva.

Otra cueva excepcional es la de Santa Maira (Castell de Castells, Alicante), excavada por Emilio Aura, la cual posee una interesante estratigrafía que documenta un Magdalenense (con fechas entre el 14 310 y 11 020), un Epipaleolítico de tipo sauveterroide (datado entre 9800 y 9100) y niveles neolíticos con cerámicas esgrafiadas del 5640 BP. No obstante, la existencia de cardiales e impresas fuera de contexto documentan la existencia del Neolítico antiguo en

la cavidad, presencia lógica ya que se halla en el entorno del arte macroesquemático.

La última monografía aparecida en el País Valenciano es obra de J. Aparicio (2003) y recoge sus excavaciones en la cueva del Volcán del Faro, en Cullera. El yacimiento reúne una muy buena colección de materiales líticos y óseos de época magdalenense (con un singular bastón perforado, excepcional en la vertiente mediterránea), pero se limita a un inventario de los restos (tal como especifica el título) sin el estudio de conjunto que esperamos que se realice más adelante.

En Cataluña ha aparecido la publicación de la memoria de la Balma de la Peixera d'Alfés, un yacimiento menor pero con una interesante situación en los llanos de la depresión central catalana (GARCÍA ARGÜELLES y FUIJOLIA, 2002). En Tarragona la anterior memoria se completa con la Cova del Boix, con una atribución al Paleolítico superior indeterminado. Mayor interés tiene la excavación del Molí del Salt (Vimodí, en la cuenca del Barberá), yacimiento que cuenta con una excelente monografía encabezada por Manuel Vaquero (2004) y que supone un ejemplo de la transición de una secuencia magdalenense, datada entre 12 500 y 10 840 BP, a los niveles macrolíticos del noveno milenio (8040 BP), tan abundantes en los yacimientos del interior del valle del Ebro (Aragón y Llanada alavesa), exhaustivamente recogidos por el autor. Hemos de destacar el estudio que Marcos García Díez realiza sobre las cuatro placas grabadas, con el especial interés de la número 3, bien contextualizada y datada en el 10 840 BP, y que presenta figuraciones de ciervas con relleno de trazos cortos que recuerdan otros ejemplares mediterráneos de Matutano, Tossal de la Roca, Parpalló y el más próximo de San Gregori de Falset. En otros casos, como en la plaqueta número 4, los trazos cortos afectan parcialmente a la línea del contorno, recordando la técnica de alambre de espino que aparece bien documentada en el Magdalenense avanzado de Parpalló. Hay que reseñar también que esta secuencia aparece constatada en abrigos cercanos, como el de la Cativera, y en otros núcleos más alejados, como el conjunto de la zona de Biel (Zaragoza), que ha excavado Lourdes Montes.

Es precisamente la zona del valle del Ebro la que ha presentado mayor número de novedades del Paleolítico superior en estos tres últimos años. Así, en el Prepirineo debe señalarse el citado núcleo de Biel (Zaragoza), con dos yacimientos magdalenenses excavados en los últimos años: Peña 14, con un nivel magdalenense datado entre $10\,160 \pm 130$ y $10\,630 \pm 100$ BP, con 180 piezas retocadas. Predo-

minan los raspadores (40) sobre los buriles (7, de muy buena factura); hay una buena representación de laminitas y puntitas de dorso (43), algunas truncaduras (10) y muescas y denticulados (39). El estudio polínico, realizado por González-Sampérez, presenta la típica herencia de periodos glaciales, con elevada proporción de taxones áridos, como *Artemisia* y *Cichoriodea*. Es decir, un clima frío-fresco y árido, que refleja los «ecos del último recrudescimiento tardiglacial, el Dryas reciente, con índices de aridez que se reflejan en la misma sucesión paisajística: bosques de coníferas, praderas estépicas y presencia de taxa mesotermófilos» (GONZÁLEZ-SAMPÉREZ, 2004). El segundo yacimiento es el abrigo de Legunova, que dista solo 3 km del anterior, sobre el mismo cauce del río Arba. Entregó dos niveles magdalenenses: el *m*, con fechas de $10\ 760 \pm 60$ BP y el *q*, datado entre $11\ 980 \pm 80$ BP y $12\ 500 \pm 90$ BP. La industria lítica presenta un ligero predominio de los buriles sobre los raspadores, estando bien representadas las laminitas de dorso, en ocasiones apuntadas. Son relativamente frecuentes los útiles dobles tipo raspador-buril; un fragmento de una pequeña azagaya de base monobiselada y sección aplanada es lo más significativo de su industria ósea. Es interesante la existencia de un «empedrado» de losas y cantos, recuperados del cauce del Arba, de $10\ m^2$ de superficie (MONTES, e. p.).

El segundo núcleo del Magdaleniense prepirenaico se halla en la Ribagorza, en la parte oriental de la provincia de Huesca. Allí excavó Lourdes Montes en el 2002 el abrigo de cueva Alonsé (Estadilla, sierra de la Carrodilla), del que obtuvo dos fechas sobre carbón: $14\ 840 \pm 90$ BP y $15\ 069 \pm 90$ BP. Estas fechas casan perfectamente con la tipología de los restos líticos recuperados: magníficos ejemplares de buriles y cierta abundancia de raspadores nucleiformes, al estilo de la facies Juyo del Magdaleniense inferior cantábrico. El paralelo más próximo para este abrigo, a menos de 20 km de distancia, se localiza en el abrigo de Forcas I en Graus, cuyo nivel 15, recientemente datado en $14\ 440 \pm 70$ BP, presenta una similitud total en cuanto a los restos líticos (UTRILLA y MONTES, e. p.).

Otra zona que ha aportado en estos últimos años hallazgos muy interesantes ha sido el valle del Jalón, y en especial su afluente el Henar. En este río, en cuyo cauce afloran aguas termales que se explotan comercialmente en Alhama de Aragón, se localizan cuatro yacimientos magdalenenses: dos en el término de Cetina (Zaragoza), los abrigos de la Peña del Diablo 1 y 2, con fechas de $10\ 760 \pm 140$ BP y una industria

lítica retocada en la que los buriles dominan sobre los raspadores y es numeroso el utillaje microlítico retocado. Por tipos primarios llama la atención la existencia de muy bellos útiles compuestos, así como la presencia de raspadores carenados. Los índices del conjunto de los tres niveles son los comunes a todas las industrias magdalenenses de la zona: 19,1, 35,6 y 34,2 para el IG, IB y GP respectivamente, con una factura tan cuidada que encaja perfectamente en una cultura magdaleniense final, mejor que en el Aziliense que sugiere la fecha de C¹⁴. El yacimiento se ocuparía por tanto en la última pulsación fría del Würm IV (Dryas reciente) (UTRILLA y DOMINGO, 2003).

Los otros dos yacimientos se hallan en término de Deza (Soria), también sobre el cauce del Henar. Se trata de los abrigos Vergara y Alexandre, cuya memoria apareció publicada en 2002, aunque el número LXVI de la revista del BSAA de Valladolid llevara fecha de 2000 (UTRILLA y BLASCO, 2000).

La primera fecha documentada acerca de la ocupación magdaleniense del Henar se sitúa en el $15\ 370 \pm 110$ BP, en el nivel IIIb del abrigo Alejandro, correspondiente a la fase *Cantábrico IV* de Hoyos. En la secuencia mediterránea de Fumanal esta cronología coincide con la fase E, una pulsación fría que se refleja en Tossal de la Roca IV ($15\ 360$ BP) o Matutano XIII. En Aragón correspondería al nivel 15 de Forcas I y quizá al citado de cueva Alonsé, caracterizados ambos por su industria de un Magdaleniense inferior cantábrico de tipo Juyo.

Durante una fase más avanzada del Dryas I tiene lugar la ocupación del nivel *d* de Vergara, datado en el $14\ 000$ BP y caracterizado por un clima frío que quedaría refrendado por las plaquetas de gelifracción del nivel *d1*. Podría corresponder a la parte superior del nivel III de Alejandro. Es la fase *Cantábrico V* de Hoyos, de frío intenso en el $14\ 000$, y la fase *Cendres C* de Fumanal, que correspondería a los niveles XI de Cendres. La industria lítica es la típica de un lugar de talla, siendo las piezas retocadas 137, entre las que destacan los buriles (33 ejemplares, 12 de ellos nucleiformes), las hojitas de dorso (59) y los raspadores (11). Abundan las hojitas de retoque semiabrupto casi liminal.

La siguiente ocupación magdaleniense del Henar respondería a un momento de mejoría climática que inaugura el interestadio del Tardiglacial a partir del $13\ 000$ BP, quizá presente en el nivel 3 de la Peña del Diablo, cuyo análisis de polen refleja un avance de especies arbóreas (entre ellas *Pinus*, *Juniperus* y *Betula*), que determinarían unas condiciones climáticas menos extremas. A esta etapa climática templada correspon-

dería la interfase F de Fumanal, representada también en Tossal III, Matutano XII y probablemente en los niveles 13 a 11 de Forcas I. La llegada de la fase fría del Dryas reciente aparece en el citado nivel 2 de la peña del Diablo, refrendada por la fecha de 10 760 BP (UTRILLA et alii, 1999). En resumen, la ocupación del valle del Henar está bien atestiguada en sus etapas frías (Dryas I y Dryas III) y no en las templadas (interestadio del Tardiglacial), lo que podría ponerse en relación con el microclima producido por las aguas termales, que posiblemente existieran también en la época magdaleniense. Los yacimientos del Henar vienen a modificar seriamente la atribución a etapas templadas de la ocupación paleolítica de la Meseta, tema que desarrollamos en el homenaje a J. L. Argente (UTRILLA, BLASCO y RODANÉS, e. p.).

El hallazgo en la cueva Bolichera de Cálceña (Zaragoza) de un fragmento distal de arpón con una sola fila de dientes, fuertes, curvos y muy separados, permite clasificar la ocupación del yacimiento en un Magdaleniense superior-final genérico (UTRILLA y BLASCO, 2000). En octubre de 2004, Carlos Mazo ha realizado la primera campaña de excavaciones en la cueva, y ha localizado en un nivel revuelto buriles sobre truncadura de muy bella factura, que no desentonan con el arpón del hallazgo.

Otro dato de interés que aporta la cueva Bolichera es su mera posición geográfica en el piedemonte del Moncayo, en la parte alta del río Isuela, afluente del Jalón por su margen izquierda, y por tanto paralelo al río Henar. La distancia respecto a la placa de Villalba no supera los 50 km, con una fácil comunicación siguiendo el curso del río Araviana, que enlaza con la cabecera del Duero.

Excepcional interés ofrece la cueva del Gato de Épila (Zaragoza), situada como las anteriores en el valle del Jalón pero a solo 30 km del río Ebro (Sierra de Rodanas). Excavada por F. Blasco y J. M. Rodanés en 2002, ha entregado una industria lítica a base de raspadores y buriles, no muy significativa, una industria ósea con algunas azagayas monobiseladas y puntas dobles y una sorprendente colección de colgantes (canino de mustélido, *Trivia europæa*, *Cypræa*...), y

en especial un colgante de asta cuya superficie presenta por ambas caras decoración geométrica a base de trazos cortos oblicuos, un motivo triangular invertido e incisiones profundas en forma de triángulo escaleno, que conservan restos de ocre rojo. El motivo recuerda ejemplos magdalenienses del Pirineo francés y en especial la parte distal de la famosa cabeza de buey almizclero del yacimiento de Kesslerloch en Suiza, aunque en el ejemplo del Gato no se reconoce figura alguna de animal. El problema surge ante las fechas en torno al 18 500 que ha entregado una muestra de carbón de uno de los hogares, las cuales reportan la ocupación del Gato a la época solutrense sin que, por el momento haya aparecido ninguna pieza lítica de retoque plano, ni puntas de escotadura. Tampoco conocemos paralelos solutrenses para una pieza de arte mueble tan elaborada, por lo que habrá que esperar a nuevas campañas o nuevas dataciones que aquilaten la época de ocupación del yacimiento (UTRILLA, BLASCO y RODANÉS, e. p.).

En resumen, hoy se conocen 24 yacimientos magdalenienses en el valle del Ebro, lo que nos lleva a pensar que esta vía de comunicación natural entre la costa cantábrica y la mediterránea tuvo mayor importancia de la que se recoge en la bibliografía al uso. La distribución geográfica de estos asentamientos, la mayoría en torno a la cota de 600-800 m, se concentra en tres zonas montañosas que constituyen el reborde de la cuenca sedimentaria del valle del Ebro: el Prepirineo o sierras exteriores con 15 yacimientos; el Sistema Ibérico en la cuenca del Jalón con 6, y el Maestrazgo posiblemente con 2, pendientes de datación (los Toros de Cantavieja y abrigo de Ángel en Ladruñán). No hay que descartar tampoco que existieran asentamientos al aire libre en la depresión del Ebro, pero el carácter sedimentario y fuertemente erosivo de este territorio y la ausencia de cuevas calizas en el mismo dificultan su hallazgo. La existencia de yacimientos próximos al fondo del valle, como la Peixera de Alfés en Lérida (GARCÍA ARGÜELLES y FULLOLA, 2002) o la citada cueva del Gato en Épila, serían indicativos de este poblamiento.